

Construcción nacional: socialismo o barbarie

2019-11-23



**Gaztetxeak eta
Gune
Autogestionatuak**

Jon Agirre

Esta vez vengo con el propósito de atar algunos cabos sueltos que quedaron en mi último texto. Y es que han emergido los límites que conlleva tratar estos temas en un formato tan reducido, por lo que tratare de sintetizar los puntos más importantes en las próximas líneas. Y también de reforzarlos.

Para empezar, voy a tratar de profundizar en la falta de dirección que le achacué a mi generación. Aquellos que empezamos nuestra militancia a principios del siglo XXI, nos encontramos con que la mayoría de los debates estratégicos en torno a las formas de lucha ya estaban zanjados. Con la caída del muro de Berlín, caía la última gran barrera para que la hoja de ruta liberal dibujada por fenómenos como Thatcher, Reagan o Pinochet se desarrollara a nivel mundial. En muy pocos años se transformaría la forma de entender y hacer política.

Sin un asidero apropiado al contexto objetivo, creímos ciegamente en las posibilidades de nuestra hoja de ruta. Aunque no teníamos muy claro cómo desarrollar la construcción de la nación, sí se mantenían elementos importantes que históricamente han sido demostrativo del poder del movimiento obrero; un sindicalismo capaz de llevar adelante huelgas generales, partidos ilegalizados y organizaciones juveniles radicales, un movimiento popular con capacidad de cortar y hacer arder la calle, y como no, compañeros y compañeras dispuestos a dar la vida.

En síntesis, estábamos inmersos en una sensación que a día de hoy arrastramos aún; la sensación de que Euskal Herria era un oasis. Teníamos la seguridad de que las dinámicas limitadas al propio territorio podían cambiar Euskal Herria.

Pero el capitalismo está organizado a nivel mundial y opera a ese nivel. "La política es el poder organizado de una clase para dominar a otra", decía Marx. Por lo tanto, mas allá de imponer un modelo económico, el capitalismo seguía y sigue siendo un sistema de dominación con capacidad de imponer la conciencia y forma de vida de la clase dominante a nivel mundial. Según avanzaba la década, en nuestra inocencia, parecía que solo nos quedaba adaptarnos a los movimientos de izquierda ya desarrollados en Europa; con el certificado Eusko Label, claro.

En nuestro pueblo ha existido un "alto" nivel de vida que a día de hoy se mantiene, aunque se encuentre en una fase de descomposición. La religión no ha sido el opio de nuestro pueblo: como anestésico de la potencia luchadora desplegada durante años, la mejora de la calidad general de vida produjo un engrosamiento de las filas aristocracia obrera "progresista", en pugna histórica con las fracciones proletarias que compartían estrategia. ¿Que qué ha pasado? Pues que las políticas y las formas de trabajo dirigidas a esta sociología han tomado la primera línea de la Euskal politika. El socialismo ya no está presente en las consignas ni en las formas de acción: el proletariado ha sido excluido.

El desarrollo del proceso nos da muchas evidencias de ello: por ejemplo, en cada rincón de Euskal Herria se discutió la llamada “carta de derechos sociales”, acuerdo programático de una minoría donde la progresía vasca llamaba a una “unión” en la lucha. Así, las reivindicaciones más importantes de la lucha se alineaban en la defensa de derechos abstractos; en pocos años, la cuestión de los presos o el de la liberación nacional tomó la misma dirección, en defensa del “derecho a decidir”.

Del mismo modo, nos quisieron vender como “alternativa” al capitalismo un cúmulo de propuestas que se desarrolló en “alternatiben herria”: se nos quiso a hacer creer que las propuestas sin contenido político se podían utilizar como herramienta contra el capitalismo. Dinámicas como “Goiener” podían ser una alternativa a Iberdrola, y así desarrollaríamos nuestro modelo propio de energía; que apoyar a Fiare era apoyar un modelo de financiación progresista que además de gestionar bien nuestro dinero servía para fomentar proyectos “sociales”; que a través de modelos nuevos y modernos de cooperativismo, siguiendo la tradición de nuestro pueblo y bajo el lema “desde aquí y de aquí”, se podía desarrollar un modelo económico propio; que si íbamos todos a una en esto, seríamos capaces de crear la Nación Vasca.

Todo era válido pues se escondía la capacidad y la dimensión del sistema capitalista y del poder burgués. Aplaudíamos el auge de mujeres baserritarras, aunque la mayoría acabase auto-explotándose bajo la lógica del mercado y el intercambio, con la inestabilidad de los alquileres y las cosechas, vendiendo sus cestas a sus amigos profesores y funcionarios... mientras estos últimos cumplían con sus cuotas de consumo militante. La desorientación de la política proletaria y una política favorable a una aristocracia obrera con cada vez mayor poder económico iban cogidos de la mano.

Pienso que en este contexto, este sector hizo una inversión económica muy importante para que determinadas ideas cuajasen por todos los rincones de nuestro pueblo. Las campañas de infraestructura y propaganda de esta dinámica fueron asombrosas, tuvieron capacidad de influencia en todos los rincones; y viendo la situación a día de hoy, hay que reconocer que cumplieron su función de forma impecable. De aquellos barros estos lodos: una estrategia independentista que se ha mostrado inviable para una ruptura con el capital, unas dinámicas de acumulación puntual de masas que no han supuesto avances cualitativos, formas de militancia acomodadas, un sindicalismo de la aristocracia obrera encasquillado en la categoría del salario, dinámicas mercantilistas por parte de cooperativas “transformadoras”...

De todos modos esto no es nuevo. Mirándolo con perspectiva, han pasado muchos años desde que empezamos a luchar en dinámicas acomodadas: queriendo educar a nuestros hijos en unas ikastolas que un día fueron estratégicas y a día de hoy son totalmente elitistas, ir a la concentración de antes del pintxo-pote, emocionarnos cuando sacamos músculo en un par de movilizaciones de masas al año, comprar productos “bertako” que han sido producidos por pakistaníes en condiciones de miseria, emborracharnos en la fiesta de la democracia, arreglar con sobredosis de moralina la inferioridad del

proletariado... y echándole la culpa de todo a los que no votan al partido, a los trabajadores que votan mal. Y al PNV.

Pues no es de extrañar que el sentido común que entiende las instituciones como los campos más efectivos para el cambio ponga al PNV como culpable absoluto para intentar pescar los votos de su sociología. Pero eso sí: tendiéndoles la mano con campañas de "descuento" (véase el tema del nuevo estatuto) o toreando(se) con los términos que han sido impuestos desde las instituciones españolas y son atribuidas a los cuadros del partido para que se ingresen el sueldo. En última instancia, esta es la psicología que encontramos en la política de la progresía vasca: alianza interclasista en los despachos y política del cambio en la calle. Su círculo perfecto.

De ahí también la tendencia incansable de compararse con la realidad del estado español: así las propuestas que llevan nuestro label parecen progresistas y radicales. Aguas en las que el activismo despolitizado y horizontalista se desenvuelve a su gusto, sin duda. Tras esta propaganda estética se esconden propuestas conscientemente contrarrevolucionarias. Me recuerda aquellas palabras de un amigo cuando hablaba de la persecución policial, la represión y los procesos judiciales politizados: "Si no generase el daño que genera, incluso tendría su gracia".

La política proletaria molesta a la socialdemocracia, porque le exige tomar partido por los golpeados. Y eso en tiempos de egoísmo y confort les es inaceptable. Pero ¿qué podemos hacer sino? La hoja de ruta postmoderna está agotada. Nuestro oasis se está secando. Todo aquello que nos vendieron como *alternativa* no hace sino fortalecer la lógica del capital. El activismo localista y horizontalista no ha mostrado potencia revolucionaria alguna. La escala local no tiene nada que hacer contra un poder político de escala mundial. Es por ello que la política socialista y revolucionaria ha emergido con fuerza en esta coyuntura.

Pues sin una estrategia socialista que reconduzca a toda clase obrera vasca hacia la política eficaz (es decir, hacia aquella que *económica y políticamente* se articula tanto a nivel nacional como al internacional), se pueden anticipar consecuencias de extrema gravedad en la construcción de la nación vasca: por ejemplo, la organización política de ese sector que, aunque aún no vote a VOX, está potencialmente articulado pero que sí está realmente integrado en el discurso fascista. El Eusko Label no sirve contra este fenómeno que es consecuencia directa del empeoramiento de las condiciones de vida. Quien quiera, que analice las condiciones económicas, sociales y políticas de la aparición histórica del fascismo. La historia no miente. Corremos un grave peligro.

De haber avances frente a la desintegración, se darán por una estrategia revolucionaria que alimente el poder obrero. El fascismo, como variante del capital que es, sólo se combate desde el desarrollo del socialismo. Y también lo será esta vez. Necesitamos instituciones proletarias tanto para la lucha antifascista como para la construcción nacional. La única alternativa real es la elección de auto-organizar las capacidades que nos permitan responder a nuestras necesidades de manera directa. Es pues, la hora de elegir: socialismo o barbarie.